

Myriam M. Lejardi

**NO
CONFÍES**
en
**ASHER
HALL**

TODO ESTÁ EN JUEGO. INCLUSO EL AMOR

booket

Myriam M. Lejardi

**NO
CONFÍES
en
ASHER
HALL**

CROSS
BOOKS



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Myriam M. Lejardi, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Inés Pérez

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2025

Depósito legal: B. 18.431-2025

ISBN: 978-84-08-31058-7

Impreso en España

UNO

Asher

Miami (Florida)

30 de septiembre de 2024, 12:16

Estiré el brazo para coger el teléfono de la mesilla cuando empezó a sonar.

—¿Señor Hall? Soy Andrew Smith, el chófer de *Trickster*.
—El hombre que había al otro lado de la línea siguió hablando con prisa—: Pasaremos a buscarlo en quince minutos para llevarlo al hotel que hay junto al plató. Por favor, espérenos frente a su edificio. ¿Necesita ayuda para bajar las maletas?

—No.

Colgué sin despedirme y me giré sobre el colchón para mirar a la mujer que permanecía tumbada a mi lado. Sin abrir los ojos, me dijo:

—Te voy a echar de menos.

—Mentirosa.

Arabella se estiró como un gato en el momento en que salí de la cama y empecé a recoger mi ropa del suelo. Su voz todavía era pastosa cuando confesó:

—Me dan pena el resto de los concursantes.

—¿Porque no tienen ninguna posibilidad contra mí?

—Porque no tienes escrúpulos. ¿Los has visto? —Asentí mientras me abrochaba la camisa—. Hay una chica rubia, muy dulce. Poca cosa en todos los sentidos. Parece buena persona. Nadie debería permitir que te acercaras a las buenas personas.

—¿La del padre enfermo?

—La misma.

Me reí por lo bajo.

La recordaba de los vídeos promocionales que llevaban un par de semanas emitiéndose. Remi Evans era, con diferencia, la concursante más insulsa de la historia de *Trickster*. Los programas de televisión, especialmente los *realities*, son como una piscina llena de tiburones que, cuando el hambre aprieta, comienzan a devorarse entre sí.

Todavía no alcanzaba a comprender el motivo por el cual habían seleccionado a una chica como aquella para una edición que, o salía muy bien, o apuntaba a ser la última. Su historia era aceptable: familiar directo enfermo de cáncer colorrectal. Estadio III, muy difícil de curar. Por lo que entendí, Remi pretendía llevarlo a Europa para un tratamiento experimental que ofrecía cierto oncólogo. El atractivo aumentaba al saber que ella tenía tan solo veintidós años.

Sin embargo, no era la única historia lacrimógena que ofrecía esa edición de *Trickster*. Zachary Davis, el texano, había sido dado de lado por su familia a causa de su activismo en favor de los derechos de los animales. Por otro lado, Grayson Lewis afirmaba que se había recuperado de su adicción a la heroína sin ayuda de nadie y quería reconducir su vida y compensar a sus padres por lo mal que se lo había hecho pasar.

Para colmo, tanto ellos como el resto de los concursantes tenían carisma, algo de lo que Remi carecía. Por mucho que

sus entrevistadores se esforzaran con las preguntas, no conseguían rascar ni diez segundos interesantes. Alguien debería haberle dicho a esa chica que llorara, que se posicionara en contra del sistema sanitario de Estados Unidos, que se enfureciera por su suerte... Cualquier cosa menos limitarse a balbucear y toquetearse las pulseras con compulsión. Resultaba patético.

Remi lo habría tenido más fácil si destacara por su atractivo, como Elijah Bennett. Él no tuvo reparos en reconocer que se había postulado como concursante con la única intención de conseguir fama. Su vídeo promocional consistió en bromas subidas de tono y primeros planos de sus pectorales después de que decidiera quitarse la camiseta sin venir a cuento.

No es que Remi sea fea, tal vez así habría llamado la atención de alguien, es que no conseguía que quisieras mirarla dos veces. Maquillaje se esforzaba por resaltar unos rasgos que, en el mejor de los casos, resultaban olvidables. Aunque trataran de disimularle la nariz respingona, poniendo el foco en sus enormes ojos azules, no lograban que la chica dejara de parecer un duende. Deberían haberle sugerido que usara otro tipo de ropa, en lugar de esos vestidos largos y anchos que escondían cualquier asomo de curva.

Lo de Remi Evans me jodía porque, si se me hubiera ocurrido una historia como la suya, habría tenido ganado el programa antes incluso de entrar en la casa.

—Tal vez se lo haya inventado y su padre ni siquiera esté enfermo —especulé—. O no le importe en lo más mínimo que muera. Al fin y al cabo, está dispuesta a abandonarlo a su suerte durante tres meses.

—¿A quién en su sano juicio no le importaría que su padre muriera? —Arabella, que me conoce más de lo que pretendí en un principio, dibujó media sonrisa cuando tensé la

mandíbula—. Deja de mirarme así, querido, lo he dicho sin pensar.

Mentía de nuevo. Esa mujer es demasiado parecida a mí: paladea cada frase antes de apuñalarte con ella.

—Volviendo al tema —prosiguió—, dudo que se haya inventado lo del cáncer. Es muy fácil destapar una enfermedad falsa, sería una jugada estúpida por su parte. Además, he visto varias fotos de su padre en la red y no tiene buen aspecto. De hecho, hace un par de días un médico en televisión explicó que ya lo habían operado una vez. —Arabella salió de la cama completamente desnuda. Cuando llegó a mi altura, tiró de la cinturilla de mis pantalones y, despacio, empezó a subirme la bragueta—. Lo importante es que al público le gustan ese tipo de historias. La apoyarán. ¿Crees que la tuya es lo suficientemente buena?

—Yo soy lo suficientemente bueno, podría haber dicho cualquier cosa y habría llamado la atención. —Coloqué una mano sobre su vientre plano antes de añadir—: De todos modos, apelar a la familia que estoy intentando formar con mi novia diez años mayor suena fantástico. Quizá pueda desarrollar lo nuestro durante el programa, explicar que nos conocimos cuando yo era menor de edad...

—Cuidado. —Arabella me recorrió el pecho con una uña larga y roja, del mismo color que su pelo—. Más allá de nuestro desafortunado problema de fertilidad, ¿cuál va a ser tu estrategia?

Por el tiempo que habíamos pasado juntos, debería conocer la respuesta. Es una mujer lista; más de lo que pensé y, sobre todo, más de lo que me convino.

—La habitual —respondí después de que me besara cerca de la comisura de la boca—: hacer lo que sea necesario.

—Igual que los otros once concursantes.

Le dediqué el tipo de sonrisa que la convenció de acer-

carse a mí meses atrás en aquella fiesta. A pesar de que no le causara el mismo impacto que al principio, sabía que no era inmune a ella.

—Pero yo soy mejor.

Tras reírse por lo bajo, me recordó:

—También eres el único que acabará en la cárcel si no consigue el dinero. Esfuérzate.

PAUSA PUBLICITARIA 1

Audiencia: 98.000 espectadores

Miami (Florida)

30 de septiembre de 2024, 19:30

Edna Thomas sabía que solo le quedaba una oportunidad para conseguir que el *reality* saliera adelante. El índice de audiencia de la edición anterior había sido el peor de toda su carrera, y estaba incluyendo esa primera etapa en la que se encargaba de presentar los informativos de WHAS 11, en Louisville, su ciudad natal.

Cuando, tras doce años emitiéndose, la CBS canceló *Trickster*, la productora ejecutiva pensó que acabaría volviendo a la televisión local. Tendría que tirar de muchos contactos, y ni con ellos conseguiría algo más que participar como tertuliana en un programa sensacionalista de media tarde con el que no podría mantener su estilo de vida. Ya estaba calculando cuánto obtendrían si pusiera a la venta su mansión en Miami cuando recibió una llamada que lo cambió todo: HBO quería apostar por su *reality*. Solo una temporada, con posibilidad de renovación dependiendo del éxito que tuvieran.

Edna Thomas no cree en el contenido de *Trickster*, pero sí en el dinero. Estaba convencida, y así se lo había hecho saber

a los patrocinadores, que si la dejaban actuar con libertad duplicarían las ganancias de los años previos. Tan solo debía seleccionar con cuidado a los concursantes, perder los pocos principios que le quedaran y ofrecer el mayor premio de la historia del *reality*: un millón de dólares.

Si fallaba, lo más probable es que no volvieran a contratarla jamás. Por eso, Karen Richards, su asistente, pululaba a su alrededor con cara de circunstancias, consultando sin cesar datos en el iPad que siempre llevaba a cuestas. La devoción que esa veinteañera le profesaba era directamente proporcional al aborrecimiento que Edna sentía por ella. La productora no soportaba a la gente, en general, y muy particularmente a la que seguía creyendo que la televisión era algo más que un circo.

Edna comprobó en el espejo del camerino que su maquillaje estuviera perfecto.

Uno de los requisitos que le puso la plataforma de *streaming* fue que, además de producir, ella misma se encargara de presentar las galas, tal y como había hecho durante las dos primeras ediciones.

—Deja de moverte, me estás poniendo enferma. —Karen se detuvo, aterrada. Parecía un ciervo ante los faros de un coche—. ¿Ya han llegado los concursantes?

—Sí, señora Thomas. Están sentados en el plató. Hemos cambiado el orden, como dijo. —Dudó un instante antes de añadir—: ¿Por qué ha colocado a Asher Hall el segundo? Pensé que era su favorito.

—Lo es.

—Entonces, ¿no debería ir al principio? Para abrir la ronda de presentaciones por todo lo alto. O al final, así mantengamos la expectación.

Edna chasqueó la lengua, molesta por tener que explicar algo tan evidente.

—¿Has visto las entrevistas que les hizo la psicóloga? ¿Y

has leído el guion de la gala de esta noche? —Karen asintió—. En ese caso, querida, ¿qué crees que puede ofrecer hoy Asher Hall, además de su atractivo? Exacto, nada. No cumplirá su papel hasta que entre en la casa. Por eso, la primera es la chica del padre enfermo. Hemos colocado al topo entre dos concursantes más llamativos, ¿verdad?

—¿De verdad cree necesario que haya un participante falso? ¿No le preocupa que el público se entere y perder la credibilidad? En la edición anterior ya empezó a rumorearse que contratábamos actores.

Edna se limpió una mancha de carmín de los dientes y deseó tener otra asistente que le explicara a la actual por qué era imbécil.

—Si lo hubiéramos hecho, habría salido mejor. De todos modos, el público se enterará pronto de la existencia del topo. Quiero que especulen sobre qué hará una vez que esté dentro de la casa. —Practicó su sonrisa inquietantemente blanca y se puso en pie—. La clave para que este año tengamos éxito es que los telespectadores sean conscientes de que vamos a saltarnos las normas.

DOS Remi

Miami (Florida)

30 de septiembre de 2024, 20:12

La sensación de estar en el plató no fue como había imaginado.

Cuando vemos algo en televisión, solemos ignorar la falsedad que lo envuelve. Nadie piensa en que aquella declaración tan romántica de su película favorita parte del guion que alguien escribió en su casa, probablemente en pijama. Abrazamos la mentira, deseosos de que nos haga sentir lo que la realidad no consigue.

Pese a que nunca me han gustado los *realities*, había visto las dos ediciones anteriores de *Trickster* para saber a qué atenerme. La casa cambiaba su ubicación y decoración cada año, sin embargo, el plató en el que se rodaban las galas era el mismo. Pero la magia hizo lo suyo y, lo que pensé que sería un espacio pequeño y acogedor, resultó ser una nave fría de techos altísimos repleta de cámaras y focos que hacían daño a los ojos.

Lo peor fue el público. Poco antes de que nos invitaran a sentarnos donde nos correspondía, me enteré por otro de los

concurantes de que pagaban a la mayoría de la gente que acudía a estos programas. «Al menos durante las primeras semanas, la cosa cambiará cuando empecemos a interesarles... Si es que lo conseguimos». Después de guiñarme un ojo, el hombre se colocó donde le indicaron y me dejó con un nudo de nervios a la altura del estómago.

¿Cómo iba a conseguir interesarles a los telespectadores si tenían que ofrecerle dinero a la gente a cambio de vernos en directo? Me sentía invisible en comparación a mis once compañeros. Por ejemplo, quien me dijo lo anterior, Elijah Bennett, no tenía un gran motivo para ganar, pero sí un carisma arrollador.

Hacía doce minutos que había empezado la gala y la presentadora y productora, Edna Thomas, trataba de generar expectación dejando caer que ese año se introducirían varios cambios. La cámara con el piloto de color rojo la apuntaba a ella y mis compañeros (rivales, en realidad) se disputaban la atención de las otras.

Si no era para hacer un barrido, ninguna se detenía en mí.

«Sé tú misma», me recomendó mi padre.

«Míenteles hasta que te quieran», contradijo Jack.

Odiaba darle la razón a mi exnovio, especialmente después de encontrarlo en la cama con otra mujer. Por desgracia, acabé comprobando que la tenía.

—Remi Evans, hablemos de ti.

Aferré los reposabrazos del sofá para que dejaran de temblarme los dedos y miré hacia Edna Thomas forzando una sonrisa que casi dolía. Su butaca, más grande y cómoda, estaba a mi derecha, ligeramente apartada y volteada hacia las nuestras. Los concursantes estábamos más juntos; tanto que, si movía un poco el brazo, podía rozar el de mi compañero.

—Esto... Hola. Soy Remi —balbuceé. Escuché un par de

tosos entre el público y deseé ser capaz de volverme invisible—. Disculpádmeme, estoy un poco nerviosa.

Noté el descontento de la presentadora e imaginé a los telespectadores aprovechando para levantarse del sofá y prepararse un tentempié, a la espera de que le llegara el turno a alguien más interesante.

Fue Asher Hall el que me salvó. Sin apenas esfuerzo, consiguió que lo viera tal y como él deseaba: alguien dulce, cuatro años mayor que yo, que se preocupaba por los demás. Como a ese príncipe azul que hace poco aprendí a no necesitar.

Lo primero que pensé cuando abrió la boca fue que esa voz tan rota no encajaba con un exterior tan bonito.

—Todos... —Se detuvo de golpe y se volvió hacia su izquierda para hablar con Gia Russo, a quien habían colocado entre Elijah Bennett y Heather Carter—. Disculpa, en las entrevistas dijiste que eres una persona no binaria, ¿cómo debo dirigirme a ti?

Gia abrió los ojos con sorpresa.

—Prefiero que no se utilicen marcas de género. ¿Te refieres a eso?

—Justo, gracias. —Asher me miró de nuevo—. Iba a decir que es normal que todas las personas que hemos sido seleccionadas estemos nerviosas. La presión es tremenda: ya no solo por las cámaras y el juicio externo, sino también por lo que dejamos atrás. Y tu caso es el más delicado porque tu padre está enfermo. ¿Quieres hablar de eso?

Si hubiera tenido ojos para alguien además de para él, puede que hubiera visto la sonrisa maliciosa de Edna Thomas.

—Alejarme tres meses de mi padre... O lo que dure mi participación en *Trickster* —corregí de inmediato, avergonzada—. Es un riesgo, desde luego, pero lo es todavía más

quedarme de brazos cruzados. Tenemos facturas médicas pendientes que no podemos asumir, y el desplazamiento, hospitalización y tratamiento en Alemania son muy caros. Aunque preferiría no dejarlo solo, es más importante que consiga el dinero para darle una oportunidad. Además, por ahora está en casa y se vale por sí mismo.

—Y si la situación cambia, te avisaremos —intervino Edna Thomas con una sonrisa cegadora.

Asher colocó la mano encima de la mía y la apretó con suavidad. La miré, atónita. En ese momento, sus dedos largos y finos me parecieron elegantes. Semanas más tarde, empecé a compararlos con las patas de una araña.

—Prometo que, si soy yo el que gana, como mínimo me ocuparé de saldar las deudas médicas que tengáis hasta la fecha.

Y así fue como, con su primera mentira, Asher Hall barrió al resto del tablero.